

ANALES de la Universidad de Chile

Año CXXIX / N° 157-160

Enero-diciembre de 1971

Estudios sobre Pablo Neruda



IV / Testimonios

Una casa

barajada como un juego de cartas

Una casa barajada como un juego de cartas

No tiene leer la escritura sino la arquitectura

Una casa de sí. Se juega del mar en futuro

Una casa como una frase que juega de sí.

Una celda para el mar que de agua salada

Tan próxima como un solo que revoluciona

Siempre tiene el aire de esperar a un extranjero

Entre los que otros, acude emocionados en la playa

Aquí los días se distinguen en colores cello

La noche se pone de maravilla: se a las palabras

El poeta se juega esperando la música

Una mano de música sobre los violines: los

Porque detrás en un juego de la es juego

Porque en el campo de su se qué espeluzna

Porque la palabra es está a su camino

A sus pies se revoluciona colores letrados

Rita Ojeda

No sé si jugar a las tejerías

La mujer con papel mudo de dolor

Aquí está Matilde entre la Cruz del Sur

Con la alfombra y el agua pura de sus mundos

El ojo y el silencio le dan aire de paz

Porque los sueños más allá del viento

Tan pronto se juega el equívoco del terreno

En se hacia arriba y dice se equilibra

A los pies el Océano culla el refugio de sus arcos

Le lee en que llega sobre los muros ruinosos

Le habla posturas de los muros mudo

Desde se equilibra el viento y el pájaro

LOUIS ARAGON

Una casa barajada como un juego de cartas

*Una casa barajada como un juego de cartas
No para leer la suerte sino la aventura
Una casa de algas para dormir un futuro
Una casa como una frase que trata de tú*

*Ella abría hacia el mar ojos de gato salvaje
Tan próximos como un solo ojo cambiante
Siempre tenía el aire de esperar a un extranjero
Entre los guijarros azules amontonados en la playa*

*Aquí los dioses antiguos se daban cita
La noche se parecía terriblemente a las palabras
El poeta se fuga esperando la música
Una mano desnuda sobre los violines-lobos*

*Parece detener en su foso a la orquesta
Justo en el compás de no se qué epilepsia
Un hada poderosa está a su servicio
A sus pies se tienden las cóleras terrestres*

*Este Orfeo
No irá a buscar a los infiernos
La mujer con pasos mudos de dolor
Aquí está Matilde como la Cruz del Sur
Con la altiva y lejana plata de sus miradas*

*El ojo y el silencio le dan aire de pez
Presiente los olores más allá del canto
Tan pronto ha llegado el equinoccio del verano
En su boca sombra y día se equilibran*

*A sus pies el Océano calla el refugio de sus aguas
Le lee en voz baja sobre los muros ruinosos
La sabia partitura de los murmullos
Donde se confunden el llanto y el pájaro*

*Oh arena silabario indestructible imperio
Signos del labio donde sobrevive el pensamiento
Ningún volcán tiene el poder de dispersar
Este rumor escrito de suspiros antiguos*

*Nada ni los negros tifones que vienen del Asia
Nada ni el fuego ventral que roe el planeta
Nada destruya el salmo o aprisione el ensueño
Que para simplificar yo llamo poesía*

*Escucha más allá de los días zumban tus abejas
Para tus barcos perdidos que abordan otros puertos
Y para tus versos que han guardado el fulgor de las ideas
Las albas ofrecerán sus claras rodillas*

*Oh grito delante del mar y tantas primaveras
Harán con los cerezos lo que tú con las mujeres
Y todo el amor será las hojas de tu alma
Arbol inexplicable que siempre floreció*

*Un poeta, un poeta donde los soles descienden
Yo sufrí como él esta hora de temblar
Yo estoy en el cielo con sus canciones gaviotas
Después de nosotros van a buscar otros Andes*

*Entre morir y no morir este hombre
Elegió creyendo que no era muy tarde
Entre vivir y perecer eligió la guitarra
Y por mejor escuchar las palabras se callan*

*Traducción de
ALTENOR GUERRERO Y JORGE TEILLIER*

ALFONSO CALDERÓN

Nosotros, los de entonces

Ese año, fue lo de El Alamein, y un hombre gordo, igual que en la historia de Saroyan, murió de gordo. Ese año, conversábamos con frases hechas del tipo »de qué demonios hablas« o »sí, tienes un no sé qué«. Ese año cantábamos *As Times Goes Bye* y *De corazón a corazón*. Ese año, enviábamos cartas en esquelas celestes, con diálogos de Hemingway, sin haber leído a Hemingway:

»—Te echo de menos, fui a varias fiestas y me lo llevé pensando en ti.

—Espléndido, querido, así volverás a mí antes del término del verano.

—Claro, querida, te recordaré siempre«.

Ese año, yo ya sabía que nunca en la vida habría de ser un hombre emprendedor, y me lo pasaba pensando en el origen del mundo y en el crimen de Alicia Bon. Ese año, nuestras cabezas albergaban muchos pensamientos a la vez y, frente a toda pregunta, respondíamos: »no estoy seguro«; aunque éramos capaces de repetir los primeros párrafos de las novelas que amábamos, como *Miguel Strogoff* (el correo del zar):

»—Majestad, un nuevo telegrama.

—¿De dónde viene?

—De Tomsk.

—¿Está cortada la línea telegráfica más allá de esa ciudad?

—Está cortada desde ayer«.

O como *Kyra Kyralina*, de Istrati:

»Aturdido, Adrián atravesó el corto bulevar de la Madre de Dios, en Braila, que conduce desde la iglesia del mismo nombre hasta el Jardín Público.

Cuando llegó a la entrada del Jardín, se detuvo, confuso y despechado:

—Sin embargo, exclamó en voz alta, ya no soy un niño... y creo tener derecho a comprender la vida y mi manera«.

Ese año, éramos de If, de Mompracem, de un bar de Marsella, de Francia revolucionaria, de Cayena o de Paramaribo, éramos marxistas-leninistas, corporativistas, nipo-

nes, partidarios de Rommel, hinchas de Sergio Livingstone, de Daniel de la Vega, de Lacordaire, y de Tihamer Toth. Cantábamos *Malena*, los días de lluvia, arrimándonos bajo los aleros de los casas, para protegernos del toque mágico del agua del sur de Chile; jugábamos fútbol hasta el anochecer, nos rascábamos la nariz, amábamos a unas chicas de ojos claros, que salían del colegio con nuestros nombres grabados —con una tinta morada inequívoca— en el dorso de sus manos, a las doce del día, e iban conmoviéndose ante nuestros chapuceros balbuceos de amor. Odiábamos los consejos de nuestros padres y llenábamos de canciones los cuadernos de doscientas hojas: *Linda Chilena*, *Frenesí*, *Percal*, *Sandalia de Plata*, *Cristal*, *Marión*, *Gricel*, *Virgen de Medianoche* y, por supuesto, *Dos Almas*.

Odiábamos, o, para usar un lenguaje de entonces, nos importaba un carajo saber de Mazzini, León Gambetta, la garrucha diferencial, el dibujo a mano alzada, el círculo de Apolonio, el habitat de los ornitorrincos, la historia de los biotipos. Usábamos gomina Vanka, amábamos la oscuridad, los cigarrillos Premier corcho, el cinzano, los suspensorios a rayas, los zapatos con hebillas y los feriados escolares, a cada muerte de obispo. Cambiábamos constantemente de criterio. Teníamos actores favoritos: Verónica Lake, Ella Raines, Rita Hayworth, Ronald Colman, Charles Boyer, Gary Cooper. Nos enamorábamos en cada primavera, »para toda la vida« y éramos felices, melancólicos, intempestivos, caballerescos, solitarios, prefiriendo, con devota lucidez, a la casa, la calle.

Primavera, la sangre altera. Los tilos de la Plaza de Armas de Los Angeles hacían reír y llorar de alegría al que estaba enamorado. Los Aliados recuperan París. Tres liceanos amamos la literatura, aunque no hemos todavía sentado a la Belleza en nuestras rodillas. Pedro Godoy nos desliza a mí y a Orlando

Acevedo un libro forrado con papel morado, se pasa las manos por el pelo y anigmáticamente suelta un «ya verán ustedes». Acevedo y yo nos miramos. Al comenzar la clase de Matemáticas, miramos el libro bajo el banco. Se llama *Crepusculario* y, tras la lectura de *Pantheos*, sabemos que ingresamos a una secta, que vamos a estar marcados toda la vida, que ya no dormiremos nunca más tranquilos, que la notación erótica arranca disparada a no sabemos cuántos kilómetros por hora, que un paisaje interior nos muestra el vacío del mundo cuando dos ya no se aman. Nos preguntamos con Neruda si se va la poesía de las cosas o no la puede condensar mi vida, hicimos de Morena, la Besadora, nuestra Musa Perpetua, y nos prometimos odiar a los jefes de ojos turbios; liberaríamos a quienes vertían un raudal de llanto sobre cada noche de jergón malsano; entonaríamos, tomando en un pepló a nuestras amadas, Pelleas y Melisanda; toda la poesía estaba allí, en nuestras manos; era la Biblia, nuestro metro para el amor, un Neruda sabio para los adolescentes de la tierra, con la frase de entonces, repentinamente cursi, dijimos que era una maravillosa «arpa eólica»; nos llenamos los ojos de luz, parpadeando ante la fuerza de esa poesía voluntariamente distinta a toda la que antes leímos; retengo en mis ojos el deletereo pausado, lleno de sorprendente agitación, en esa mañana fría; retengo mis ojos encendidos, como cuando uno va a llorar; retengo la conciencia del tiempo que me vino de aquel «todo se va en la vida, ami-

go», y me parece que únicamente yo he de ver la mariposa de otoño, con la palabra inédita «volotear». Cambié a Tennyson y a Longfellow, a Dicenta y a Oscar Castro, por un Neruda garabateando en mi cuaderno con una letra nueva, homenaje a quien nos había despertado para siempre, a quien nos daba fuerzas, perturbándonos a puros te das cuenta, volviéndonos fragmentarios, primordiales y algo bergsonianos *avant la lettre*.

Me rompí el brazo ese año. Comí papas fritas todo el invierno. Me enamoré dos veces. Juré haber visto florecer la higuera en la noche de San Juan. Crecí tres centímetros. Fui a los bailes de la Laguna Esmeralda, sin fallar un sábado. Apareció en el pueblo una Mariposa Encantada, con una voz llena de consunción. Leo Marini me **dió** la mano, a la salida de un programa. Sin embargo, estoy seguro de que *Crepusculario* fue superior a todo eso y al Vuelo del Aguila, al zumbido de los tábanos, al olor indecible de los mag-nolios.

Al año siguiente, González Videla fue elegido Presidente, todos los hijos tuvieron problemas con sus padres, instalaron el Tribunal de Nuremberg, Cremaschi fue la mejor figura del equipo chileno de fútbol en el Sudamericano de Buenos Aires, y yo seguí amando *Crepusculario*, más, muchísimo más que las películas de Jorge Negrete y que los Ford amarillos, que mis primeros pantalones largos, plomo ratonados, y que Rita Hayworth cantando *Amado Mío*.

Uno tiene recuerdos, después de todo.

HERNÁN CASTELLANO

El Neruda

que nos trajo al mundo

Cualquier obra pasa a ser importante cuando empieza a circular por la sangre de los demás. Parece que la poesía que se ha de quedar definitivamente con nosotros sólo entra con la pubertad. Antes, son otras cosas las que llegan y permanecen, lo que no excluye la poesía en su sentido más amplio: la sonrisa del gato de Cheshire es nuestra carne embrionaria y entramos en ella allí por el 45, cuando Hiroshima nos llegaba, como todas las calamidades, a través de »El Mercurio«, y nos dejó marcados por ese sello que caracteriza a mi generación: una postura de espera de algo.

Junto con los primeros sueños eróticos entró la poesía de Neruda en nuestra sangre. No se trata de parentescos e influencias, porque se empezó a escribir mucho más tarde, y son otras nuestras influencias. Fueron otros mundos, con otra sensibilidad y otra mirada, los que nos guiaron la pluma. Pero Neruda entró a formar parte de nuestra sangre y de nuestros huesos, y de eso le somos deudores. Es inconmensurable nuestra deuda, porque está en ese plano, en el de la pura vida. Todavía más honda, puesto que no viene de las palabras.

No se trata tampoco de la corriente (en el sentido de voltaje) romántica que se generaba alrededor de los 20 poemas, y que existió paralelamente del despertar erótico (que en nosotros se dio en universos separados: aquí el amor, allá otro: desgraciados) y que seguramente se viene repitiendo con los más jóvenes, y se repetirá con los que vendrán y que hoy están en la forma de espermios o de genes, vale decir de ideas. Recuerdo que en el Instituto Nacional, en 1950, 51, 52 nos peleábamos el derecho de recitar »Farewell« en las lamentables clases de »castellano«, de las cuales, fuera de este estremecimiento, un tanto de

payasitos, nada nos quedó. Y eso se debía, más que nada, a nuestra propia búsqueda de una idea, de una consolidación que los demás nos negaban (sólo podían dictarnos normas en el modo de vestir, y entonces se obedecía, éramos una especie de Boy Scouts. Mudos de gran utilidad, para el sistema, que nadie se atrevió a denunciar, por lo demás, porque ni siquiera se le visualizaba): nuestros maestros fueron una tropa de viejos borrachos que se perdió en el anonimato y el olvido.

Pero empezábamos a descubrir las cosas del mundo, por nuestra cuenta y ahí entró a tallar Neruda, y algunos —los mayores— empezaban a iniciar a los más chicos en los complejos rituales que se describen paso a paso en »Caballero Solo«. Los más grandes ya sabían la verdad de »los miserables cinematógrafos, donde los héroes son...« y sabían lo que era acariciar »piernas llenas de dulce vello, con ardientes y húmedas manos que huelen a cigarrillo«. Describían esas aventuras frente a los más pequeños, los que no habíamos llegado todavía a tanto, pero llegaríamos muy luego, aunque pasaría un tiempo todavía, antes de descubrir que »los adúlteros se aman con verdadero amor, sobre lechos amplios y largos como embarcaciones«.

Ya estaba iniciado, sin embargo, el único conocimiento que importa. Y éste fue adelgazándose y subiendo, porque a través del »Agua Sexual« íbamos entendiendo el significado de la *idea*. De allí, a consolidar lo que era la amplia idea de la *imagen poética* había un paso. La imagen que es una visión, y lo abarca todo. Llega mucho más allá de la palabra. El dominio de los genios trasciende las palabras, precisamente porque no escriben con palabras, sino con cenizas de las pa-

labras. Se va comprendiendo que lo esencial no es traducir las cosas a la poesía, sino hacer que la poesía se inyecte en las cosas, y nos entregue un universo nuevo, al permanecer en ellas: el frasco azul, la oreja y el retrato.

A la vez nos enseñaba que la manera suprema de comprender y abarcar el mundo con esa comprensión, era la poesía. Ese fue nuestro nacimiento a la realidad de las ideas, la segunda parte de esa deuda visceral. La fuerza de la imagen poética que llegó a nosotros a través del sexo torturado del adolescente y se coronó en la *Tercera Residencia*: "tejida mariposa, vestidura..." donde el amor adulto nos habla como hoy, 1971.

O sea que las tres Residencias son el libro fundamental donde todo lo que es poesía nace, crece y se consolida, llega a nuestro cuerpo a través de la fisiología y vuelve a emerger a través de la idea. Es por eso —por

esta capacidad catalítica en el dominio de la imaginación— que este libro es profundamente, radicalmente revolucionario. Y por esto nos interesa y nos sigue interesando.

Adultos ya, reencontramos a Neruda con *Estravagario*, pero son las Residencias lo que se quedó para siempre con nosotros (incluyendo, por supuesto, los libros espiritualmente anexos en su visión. El *Hondero*, *Anillos*, la *Tentativa*, y la misteriosa y sugerente *Copa de Sangre*).

Aquí los tengo, junto a los pocos (no son más de diez) libros fundamentales que habría que llevarse al otro mundo, como los granos de las momias que Cardenal hace muy poco, tuvo la buena idea de recordarnos:

*ahí están otra vez como grandes peces
que completan el cielo
con su azul material vagamente invencible*

DELIA DOMÍNGUEZ

Semana Santa del poeta

Pasa un viento de abril por 1967, y el sur de Chile, con las humedades propias de la entrada del otoño, larga olor a grano recién embodegado, a caña fresca, a dulces caseros que traen una atmósfera de infancia y de recuerdos. Y en medio de ese clima, llegaron a Osorno los viajeros —que en el fondo no eran precisamente viajeros, porque Pablo y Matilde pertenecen al sur como la lluvia, son de allá o de un poco más acá (Parral, Coihueco), pero en todo caso, son propiamente de la tierra y eso basta.

*Habla el lago Rupanco
toda la noche, solo.*

*Toda la noche el mismo
lenguaje rumbero.*

*Para qué, para quiénes
habla
el lago?*

*Suave suenan las sombras
como un sauce mojado.
Con qué, con quién conversa
toda la noche el lago?*

Tal vez para sí solo.
[de *La Barcarola*, p. 119, Ed. Losada, 1967]

Al amanecer, la isla es un silencio contenido con la sola marca de la ola en los acantilados boscosos de la orilla. Porque los árboles confiadamente, bajan a tomar agua hasta el mismo borde de las piedras donde el musgo hace casitas para los escarabajos. Y mientras no sale la »Puigua« (viento atravesado de cordillera) todo es dulce y tranquilo como taza de leche.

La niebla se corre de a poco y la chimenea de la cabaña de Pablo, con las pilastras metidas un metro bajo el agua, comienza a humear débilmente, a interrumpir el cielo que hoy quería estar azul. Las cabañas que habitamos, están separadas por un arrayán y una roca. Yo duermo en la más antigua, la primera que construyó Helmut Schilling,

cuando, con la Helly —su mujer— comenzaron a formar hace años, un parque natural para conservar plantas y árboles autóctonos; poblándola a su vez, de ciervos, venados y muflones que —originarios o no— la »suave« mano del hombre gatillando por ociosidad, había hecho casi desaparecer.

Pablo comienza a trabajar temprano. Es ordenado, riguroso en el cumplimiento de sus horarios, y así llegue el Papa de Roma él sigue su costumbre diaria de escribir con tinta verde en sus cuadernos de escuela primaria, dando a los visitantes —solamente— las horas que él tenía programadas para el descanso y la buena conversa. Matilde nos convida al desayuno; Helmut y la Helly regresaron a Osorno y nos dejaron en la isla para estirar las piernas y los pensamientos. Están, en el pequeño grupo, Carlos Puyó y su mujer Delia Vergara, quienes viajaron mil kilómetros de carretera desde Santiago, para vivir en el lago Rupanco la Semana Santa con el poeta. Y como no quiero olvidar nada, anoto que se nos mojaron las pilas de la radio, o más bien dicho, la radio entera, y no había caso de noticias directas. Así es que, Pablo, ansioso de escudriñarlo todo, interrogaba a Manuel, el isleño, que entre mate y mate (anduvo muchos años por Argentina y de ahí no soltó más la bombilla) le respondía las buenas nuevas y las otras también, pescadas como de cuarta boca en el puerto del otro lado, a la parada de la micro rural de Piedras Negras. Frescas no serían las noticias, pero qué diablos... Entonces Pablo nos reunía frente al fogón de la cocina, y retransmitía el acontecer del mundo viviente, con comentarios y añadidos adecuados al momento.

Pero no quiero perderme. Ibamos en la mañana, como a las ocho y media, cuando la matilde nos convidaba a tomar café sin nata y pan centeno. Luego Pablo, como capitán de barco, distribuía a la gente para dividir las misiones y trabajos. Porque no todo iba a

ser calentarse la guatita al sol, ponerse dorados, y »tocar el arpa en las cuerdas del viento«, como quien dice, para botarnos a románticos, a matadores, porque la isla podía dar para eso, o para soñar en tecnicolor como en la Metro-Goldwyn-Mayer, o algo por el estilo; pero el caso es que allí se trabaja, se hacen las cosas con las propias manos, y el que no puede, se jode, y obligado a pescar la micro de regreso a la ciudad para no soñar más con la vida de campaña.

Y Pablo partía a una pequeña bahía del lado oriente de la isla con un sombrero de lona lavable que había traído de no sé dónde, y que ya no tenía forma de nada porque pasaba perdido debajo de los asientos (el sombrero terminó amononado en la tintorería »La Arca de Noé«, —*Sic*— de Osorno). Así partía, Pablo, cuaderno en mano a instalarse bajo una tremenda mata de nalca (o Puangue) para establecer su reino. La acomodada de la silla —de esas plegables como las del circo— era una verdadera película, jamás encontramos el nivel, y por último decía: »no importa, déjamela para columpio«. Y en eso, la Helly y Matilde, muy sueltas de tranco se perdían por el bosque hacia la huerta de Manuel a buscar cilantro, lechugas y chalotitas verdes para el almuerzo. La Delia Vergara (Bárbara como la bautizó Pablo, porque dos Delias al mismo tiempo era un lío) había quedado poniendo orden y patria en las cabañas, haciendo guardia permanente por si alguna lancha desconocida llegaba a los contornos. Continuamente pasaban embarcaciones con catalejos escudriñando para ubicar al poeta; la noticia en la zona se corría como aceite, a pesar de nuestro trabajo organizado para despistar a los periodistas. (Recuerdo una mañana frente al correo de Osorno, Pablo se tapó la cabeza con un diario adentro del auto, porque vio a dos eruditos que andaban buscándolo; los eruditos se pararon y comenzaron a rondar el auto, y parece que por las manos que sostenían el diario —era *El Siglo*— lo reconocieron y buenos días, don Pablo, aquí en esta hojita escribanos qué piensa de...).

Bueno, y para no perdernos, sigamos con la vida de la isla y la distribución de los trabajos: dos señoras caminaban detrás de la verdura, Carlos Puyó —caña en mano— obligado a pescar un salmón para el almuerzo, la Bárbara de guardia, Manuel calibrando

el motor de la lancha, y yo de »pinche« o secretaria adjunta de Pablo para el comentario, la cocina y la búsqueda de pancoras en el lago. También para contarle cosas, las pocas que se sabían de la familia literaria: ¿quién andaba con quién, qué revistas han salido, quién publicará este año, o a quién le ajustó los pernos la poeta colorina? O el sabor de algunas palabras, como »guariznaque«, la repetía una y otra vez, sonriendo: guariznaque, y la significación que él le daba era diferente a la nuestra, pero en todo caso, era una voz despectiva, peyorativa, con la cual uno corta un alegato y dice: ¡cállate mejor guariznaque, qué sabes tú hijo de p...!

Como a las once, tenía que partir a la cocina a hacerme cargo del rancho. »No todo ha de ser poesía en la vida, compañera, tome su puesto y avise cuando sienta que las cosas llegaron a su punto«, y acto seguido, con dos enormes paños cocineros me fabricaba una tenida de Carmina Burana —según él— y que consistía en ponerme uno de los paños amarrado al cogote, y el otro en la cintura para cubrirme de posibles accidentes, y Dios nos libre si las papas no quedaban floreadas, o si la sopa de harina tostada se apelonaba como engrudo.

Mientras tanto, el cuaderno se llenaba de letras verdes y se creaba una atmósfera mágica a su rededor —había que mirarlo desde lejos— calladamente, porque los pájaros y el agua, el oleaje corto y peligroso del lago, eran su música de fondo y ninguna voz humana, habría osado profanar ese silencio. Como a las doce, cuando el sol calentaba de frente y el sombrero de lona no le servía para nada, emprendía el regreso a la cabaña con abundante material para *La Barca-rola*, libro que vería la luz ese mismo año de 1967, editado por Losada de Buenos Aires; comentando que los pájaros no lo dejaban tranquilo, que hasta cuándo, si el año pasado no más, había publicado *Arte de Pájaros* y ellos ya tenían su cuota. Y tomando un jugoso melón moscatel; mientras nos echaba una mirada de revista para ver cómo andaban las ollas, o el orden, y si Matilde con la Helly habían llegado a tiempo con los aromas, y si Carlos aparecía con el salmón a cuestras, y si acaso Manuel traía en la lancha una noticia buena; molía el melón con algún licor misterioso e inventaba un jarabe bueno, según él, para fortalecer las piernas y la mente.

La Semana Santa corría, y por el Lunes, Pablo organizó un almuerzo —esta vez preparado por Matilde— en homenaje a los dueños de casa. Pero Helmut y la Helly no llegaron a tiempo, y los collares de flor de ulmo que había trenzado Pablo con sus propias manos, fueron arrojados al lago, en ritual de desencanto. Claro que la culpa la tuvo la maldita Puigua que salió a soplar atravesada como mala de la cabeza, y aventurarse en lancha contra el temporal, era casi suicida. Total, las olas se llevaron los ulmos que seguramente fueron a coronar a las ánimas del lago Rupanco.

*Recojo en la ribera
por la mañana, flores
destrozadas.*

*Pétalos blancos de ulmo,
aromas rechazados
por el vaivén del agua.*

*Tal vez fueron coronas
de novias ahogadas*

*Habla el algo, conversa
tal vez con algo o alguien.*

Tal vez con nadie o nada.

*Tal vez son de otro tiempo
sus palabras
y nadie entiende ahora
el idioma del agua.*

[de *La Barcarola*, p. 120:
Ed. Losada, 1967]

Y comenzaba otra semana. Pablo notició que el libro estaba prácticamente terminado y cerró los cuadernos. Había que soltar amarras y regresar a tierra firme. Esa tarde quiso llover y las aguas se pusieron duras, aceradas. Los ciervos que habitan Altuehuapi, comenzaron a asomarse en pequeñas manadas por los linderos del bosque con los ojos asustados. Otro libro de Neruda había tomado cuerpo y alma. Y eso ocurría en la provincia de Osorno, allá por los inicios de 1967; cuando un otoño agorero nos sobrevolaba los sueños, exactamente a una cuarta de la cabeza.

JEAN MARCENAC

A Pablo Neruda

*Puisqu'il me faut parler de toi
Que la hauteur me vienne en aide*

*Je dois monter très haut pour te saluer Homme
Toi qui vas annonçant ce que seront les hommes
Plus haut que jamais l'homme n'est monté*

Que la hauteur me vienne en aide

*Le reste j'en fais mon affaire
Car je te connais Homme comme peu te connaissent*

*Je te connais par le pain partagé
Par nos discussions sérieuses et graves sur la vertu des vins
et la vertu des êtres*

Ensemble nous avons marché sur les routes de la justice et de l'erreur

*J'ai vécu avec toi dans les réserves araucanes
Des bouches en haillons s'insurgeaient de couteaux au seul nom de Lautaro
Et tes mots m'ont rendu les souvenirs d'enfant bercés dans la colère*

Tu m'as beaucoup appris touchant le bonheur et les larmes

*Je te connais par le miroir pareil de notre rire
Souvent tu m'as montré où était la bonté*

J'ai nourri de secrets tes oreilles profondes

*Mais regarde comme le monde est triste autour de nous
Fierté et vérité méconnaissent les yeux qui leur rendaient honneur
Tant de sang coule*

WALDO ROJAS

El Retablo de las Maravillas

En homenaje a Pablo Neruda

Una razón más que suficiente:

cincuenta años y algo más de poesía.

*Sobre todo cuando ahí tenemos todavía a la naturaleza
ordenando las cosas a su amaño.*

*Poniendo y sacando como de una manga
la utilería que nombran las palabras, entre otras cosas,
esos «claveles que desafían al lenguaje» a vista y paciencia
del poeta.*

*Años de poesía, dicho así como se dice años de viaje, años de circo,
años de miseria.*

Al abrigo de ese paño de Penélope,

ella misma teje y desteje,

nervuda ya de manos, un hilo que se corta a cada intento.

Bellas las cosas que anteceden al lenguaje.

*Ahí ellas, destelleantes, un lago de relumbres a un paso del umbral,
bellas también como antes de la realidad.*

Y por encima de todo,

Bellas como su enervada vigilia en el Poema

en esa medianoche de la conciencia

donde Realidad e Irrealidad disuelven el mismo Nudo.

*Vanos sus fulgores, sin embargo abalorios movedizos que por instantes dejan ver
el-caos-de-lo-real:*

*cabezas cortadas y polvareda de aserrín en el retablo de
maese Pedro.*

*En resumen, malos argumentos, contumacia de las palabras
el desanclar su carcaza.*

A la deriva del idioma y a su contracorriente

la Poesía traza estelas como discursos,

*burbujas como afirmaciones, volutas de cieno
como razones de ser contra las cosas.*

«El poeta es el hombre de la estabilidad unilateral»

—esto dicho por un colega francés—

*una especie de péndulo mal compensado que insistiera en oscilar
como si nada...*

Que lo diga, si no, la Residencia:

vivimos arduamente, quémierdamente

para expeler esos vagidos adorados, luz y sombra contra un segundo plano,

una voz que antes organizara la mudez,
 apenas el eco asordinado de otras voces que dicen lo suyo con la sangre.
 Dicen: infancia triste, las penas y las dudas, adolescencia entre mujeres
 ganadas o perdidas cuando ya importa lo mismo.

Dicen: esas duras certezas que ni salvan ni condenan,
 las pobres alegrías al cabo de los años.

Dicen

¿Vale todo eso, aunque fuera en otro orden, esta muralla china
 horadada apenas a migajas?

Contradicción de contradicciones.

Quizá al poeta le incomode el hombre. O viceversa.

Sólo que la poesía no admite esos problemas de familia.

Ella pasa al través y perdemos el habla en lo que dice.

Usted mejor que nadie, Pablo, posee la certeza:

palabras que prolongan en la boca

un regusto que no podrían nombrar por sí solas las palabras.

Con la tranquilidad de quien viene de vuelta por la misma calle,

nos ve ir pateando piedras a la vera,

en tanto que —suposición lacerante— tras los visos engañosos

del cristal contra el caso

pareciera vislumbrarse en la casa en la arena,

bajo la banderola de la alegoría del pez y la rosa de los vientos,

una silueta lenta de gestos, ritual como si fuera otra alegoría,

que restablece un orden más antiguo que sus actos

retomando a su lugar un sinnúmero de objetos,

y tras la casa

el mar,

el mar ahí otra vez, otra vez, otra vez, otra vez, otra vez,

otra vez, otra vez, otra vez, otra vez.

Neruda Siempre

La poesía y un niño

En ese rincón de provincia la poesía se filtra apenas, maltratada o envasada por trozos en las crestomatías. A lo lejos, solía entrar por un resquicio una luz fresca de juglares y trovadores. O ante los ojos del niño estallaba el épico fogonazo de las canciones de gesta. Nos adormecíamos mecidos por el tedio ante la exposición de las sagradas reliquias de la arqueología literaria. Lo que estaba muerto, muerto está, aunque lo amortajen en seda o pergamino. Lo vivo está vivo, aunque haya nacido en el siglo XII o en cualquier día o año del mundo.

El Romancero, el Arcipreste, alguna página excitante de la Celestina. No nos conmovía Espronceda. Aprendíamos fragmentos de Zorrilla y de Núñez de Arce, de Campoamor. Había algo que no cuajaba. Recitábamos un 14 de julio »Le soldat de l'an II«, en presencia del cónsul de Francia, que nos parecía algo así como el enviado del Emperador Napoleón. Avanzábamos entre sus cuartetos sonoras y de repente el olvido, el silencio, la traición de la memoria. La ingenuidad del niño. El silencio más largo y más espantoso. No recordaba nada. En blanco. Debía seguir por una razón oscuramente ética en la estrofa estricta que seguía. En el gran patio del liceo de Talca, circundado por las autoridades de la primera dictadura de Ibáñez, el bochorno, la infinita vergüenza, mancha eterna, el ridículo ante la ciudad y el mundo. Segundos, minutos como siglos. No hubo caso de continuar. Luego la indignación del profesor de francés, que se sentía deshonrado en público, increpándome por imbécil, por no haberme agarrado como el naufrago a la astilla salvadora, a una paja flotante, a cualquier verso que recordara, en medio del mar en ese instante vacío de la memoria, una sola estrofa para salir airoso del paso en alguna forma. Total, nadie se daría cuenta.

Allí de súbito Musset, Lamartine, lue-

go Verlaine, con los trémolos asordina- dos »des sanglots longs —des violons— de l'automne«. El »Vase brisé«, de Sully Prudhomme y los versos de bronce parnasiano de José María Heredia. No era mucho. A nado sin saber nadar, buceando antologías, memorizando en Manuel Guzmán Maturana, a Diego Dublé Urrutia, el »Soñé que era muy niño, que estaba en la cocina —escuchando los cuentos de la vieja Paulina«. Pesquisábamos en las oscuras, polvorientas, desiertas, pobres y atrasadas bibliotecas. Adolescencia, primeros entusiasmos verbales, desde lejos, a escondidas. Relaciones con la poesía torpes y mal hilvanadas.

Alguien toca a nuestra puerta

Pero a la vez nos sentíamos rebeldes y dispuestos a cambiar el mundo de un modo que no sabíamos. Lecturas de escandinavos, de rusos atormentados, primeros encuentros con Gogol, Dostoievski, Gorki, Andréiev, mucho Andréiev, los *Siete Ahorcados*, cierta música de ópera. Escuchábamos en una vieja victrola cantar a Tita Ruffo, Enrico Caruso y Miguel Fleta, a la Galli Curci (»Mannon il Sogno«). Ganas de aprender a bailar, lecciones de shimmy y one-step con una dependiente de la tienda de mi tío. Aprendíamos en las clases de canto del liceo el tango »Langosta«, »Ladrillo« o »Garibaldi, Pum«. Pasos dobles: »El Liberal«, »La Cruz de Guerra«, mientras el Sr. Baeza, balanceándose como un velero, tocaba el violín y se atusaba los bigotes que empezaban a blanquear. En medio de todo eso, noticia al público: en un prostíbulo de la ciudad se recitaban unos versos que parecían una canción. »Amo el amor de los marineros que besan y se van«. Autor desconocido.

Pero acojémonos al consejo sustancioso del maestro Gonzalo de Berceo: »quitemos la corteza, al meollo entremos«.

Alguien toca a nuestra puerta. No es el

cuervo de Poe graznando »Never more«, que ya habíamos leído en el texto escolar de Raúl Ramírez. No es Gabriela, que ya ha asomado su gran nariz trágica, como un espelón que echa a pique varias escuadras de versaina anodina.

Consumíamos libros con la voracidad de un incendio. Nos enamorábamos de ciertas muchachas en la plaza. Participamos en la primera huelga estudiantil. Y escribíamos versos de tanteo, que querían ser rimados y no conseguían expresar gran cosa, por no decir nada. Y no caminaban por sí solos, sino que necesitaban subirse a los zancos de algún poeta hecho o derecho, afirmarse en los andamios de un autor consagrado. Por la noche sentía insomnios, ganas de escribir. Escribí un poema para las inevitables Fiestas de la Primavera. Me sentía revolucionario y poeta nuevo. Por lo tanto, muerte a la rima. Tenía 15 años. Salí premiado. Usaba pantalón corto. Y era ridículo que coronara a la Reina de Juegos Florales un trovador de calcetines. No sería un poeta medieval, sino un poeta elegante, con pantalones de fantasía, la tenida Barros Jarpa (la única inmortalidad de ese señor, así como la de su célebre pariente Barros Luco, que ha pasado a la historia por dos incommensurables hazañas: por la frase »los problemas se arreglan solos« y el sandwich de dos pisos que lleva su nombre). Además, polainas, bastón para el adolescente, y obligado, además, a afeitarse. Había que recibirse de hombre en un curso rápido de una semana. Clases de baile apresuradas. Falta de ritmo atroz, oído en cero absoluto. Asistencia a las noches danzantes en la Sociedad de Artesanos la Unión, donde se bailaba con pasteles para practicar con las asesoras del hogar la pieza inaugural en que debía acompañar a la Reina. Fracaso bochornoso. Pisada de pies delicados, sobre la arena del patio del liceo, con guirnaldas de luces rojas, azules, verdes. El baile solo del poeta infeliz. Poeta revolucionario, poeta ridículo, poeta imberbe, poeta polainudo, »cacha de bastón« como le oiría más tarde decir a Neruda, hablando de un amigo suyo.

Señales lejanas

En el liceo de Curicó había un profesor poeta, de la generación del año 20, Víctor Barberis. Por él conocí a Neruda. Él formó

parte del jurado del »Canto a la Juventud«. Como era profesor de francés, anunció en clases con una solemnidad burlesca: »Mes élèves, nous avons un poète«. Pero en Talca escuchaba a un profesor de castellano, Alberto Arenas, hermano de Braulio, recitar »Morena la Besadora«. Entonces leí *Crepusculario* y *Veinte Poemas*, a insinuación suya. Nunca sentí tanto la poesía, aunque adoraba y me sabía de memoria casi todo *Desolación*. Había un amigo de Neruda, el bibliotecario del liceo, intelectual con nombradía en el lejano Santiago (no se imaginan lo lejos que estaba la capital en ese tiempo para un niño provinciano). Ese intelectual debía hacer el discurso en la inauguración solemne del monumento al Abate Molina, en el Parque frente al Liceo, en una Alameda atestada, después del terremoto de 1929, de carpas y casuchas. Clarines, bandas. Todo Talca, París y Londres reunidos. El poeta Antonio Rocco del Campo sube al tabladillo. Vacila. No el tabladillo, sino el orador con el papel temblando en las manos. No temblaba sólo el papel, temblaba todo, trataba de equilibrarse, hacía eses, afirmaba una pierna, levantaba los brazos, el poeta orador irremediamente ebrio ante la multitud que esperaba el instante de la caída.

Me cayó en las manos una revista *Ateña* y allí hice como un descubrimiento, »Juntos Nosotros«. No le ligué en ningún instante a los versos del burdel. Vi el nombre de un poeta desconocido, Pablo Neruda. En la nota preliminar se explicaba que estaba en la India. La India, Malasia, Birmania, para un lector total de Salgari, ¡imaginen ustedes! Ya me había leído todo Julio Verne y mi primera obtención de dinero en una casa donde brillaba por su ausencia fue para comprar un ejemplar de *Corazón*. Los miércoles por la tarde funcionaba, el retablo de las maravillas en el Liceo. Se leía un cuento de Amicis. Habíamos pasado ya por el primer estremecimiento literario, que fue el del folletinesco y tierno »De los Apeninos a los Andes«, que se tiraba por debajo de las puertas. Y en ese género era un »capo di lavoro«. Caramba, se halaba de que el niño llegaba hasta la Argentina, o sea, al frente, a la casa del lado. Nos parecía que entrábamos en la historia del corazón del ser humano, de que nuestros sentimientos merecían ser contados. Y el pequeño pa-

tríota paduano. El soberbio Nobis. ¡Hombre, la pureza y el candor de los diez años! Y ahora, a los trece, pensando en versos prostibularios, en ese marinero perdido que se acuesta con una mujer que tiene cara de «luminaria» del cine mudo del momento, hasta que «una noche se acuesta con la muerte en el lecho del mar».

Recitaba en los cumpleaños de los primos, las noches del 20 de agosto y del 30 de octubre, subido a una silla. Y admiraba a una declamadora excesiva, que oímos desde la galería en el Teatro Municipal, qué rabia, cuánto nos costó juntar ese peso sesenta, Berta Singerman, en los tiempos en que se exhibía con todo bombo la gran superproducción *Ben Hur*, de Ramón Navarro. Allí estaban los que yo conocía: Darío, Amado Nervo, el «Nocturno» de Asunción Silva. Y, el poema «Farewell», donde descubrí los versos que se dijeron en una noche de lupanar en fiesta y allí supe que su autor era ése mismo, más refinado y difícil, el Poeta de «Juntos Nosotros», del «Qué pures de sol y de noche caída».

Conversación sobre Marinetti

Neruda asoma a la vida social y literaria justo en los locos años 20. Publica sus obras iniciales en los días de la marcha fascista sobre Roma, cuando el rey Humberto nombra Primer Ministro a Mussolini y todavía se escuchan, incluso aquí, ciertos alaridos futuristas de Marinetti.

—Mira el Duomo— me dice Neruda, un lluvioso mediodía de marzo de 1972, contemplándolo desde el segundo piso del hotel del mismo nombre. ¡Qué prodigio de florero! ¡Tanta guirnalda, tanto rosetón! El virtuosismo decorativo y la maciza ligereza de la piedra blanca. Por la tarde compra unas camisas en la Galería Central de Milán, la verdadera plaza de armas y mercantil de la ciudad. Me regala dos. Le gustan por la forma del cuello. Y nos sentamos afuera, junto a su traductor Giuseppe Bellini, para tomar algo y ver pasar el Milanésado. Los italianos discuten a gritos sobre las próximas elecciones. Acaba de aparecer muerto, en circunstancias misteriosas, junto a las torres de alta tensión próximas a Linate, el editor Feltrinelli, un multimillonario de ultraizquierda. Parece que los enardecidos se irán en un instante a las manos. Hacen

todos los arrestos. Pero son escenas de teatro o de ópera política. No pasa nada, salvo que han pasado al tono del alarido. Neruda ríe. Le canta ese pueblo.

Al lado, en la Librería de la Academia, las vitrinas le están dedicadas con grandes fotografías. Anuncian lanzamientos simultáneos: *Neruda, le grandi opera, Tre Residenze sulla Terra, Canto Generale y Fine del Mondo*.

Al llegar el crepúsculo, el Salón de la Academia bulle caliente y repleto. Aroman algunos chilenos. Hablan los críticos Carlo Bo, Giuseppe Bellini. Neruda lee unos poemas con su gangoseo de siempre. Un actor italiano recita las versiones traducidas con una voz de bajo profundo. Y luego, otra vez lo de siempre. El club de *fans* Neruda, repartido por todas partes, empieza a funcionar a toda máquina entre apretazones, con lolas de diferentes generaciones, que solicitan autógrafos como si fuera el Rey de los Beatles.

Por la noche concurrimos a la infaltable recepción en su honor, en un restaurante afamado por las pastas y las especias. Frente a mí una mujer de ojos expresivos habla a Neruda de Neruda y de su padre. Ambos —dice— rompieron algo en la poesía. Su padre además rompió algunos tomates y quebró varios platos en la cabeza de sus auditorios. La escucho intrigado. ¿Quién es, quién fue ese tomatero de la poesía? ¿Tal vez un farsante, un actor como esos italianos que polemizan en la Galería Central de Milán y se amanezan de muerte, sin llegar jamás a las manos? Es Marinetti, poeta cafeína de Europa, el excitante verbal, el romántico truculento que quiso matar el romanticismo literario, metafórico de la violencia, fallido enterrador de la revolución y de la civilización, tío devorado por su sobriño, el fascismo; que se propuso matar los museos, los sentimientos, las formas artísticas consagradas. Proclamó el pobrecito el reino religioso de la velocidad y exaltó la guerra como higiene del mundo. Neruda la escucha absorto.

—¿Siempre, hasta el fin pensó lo mismo?— le pregunta.

—Murió víctima de la guerra y de sus palabras. ¡Pobre papá! Nació en Egipto. Se acostumbró al calor y porque le faltaron sus raíces patrias, al nacer se hizo un nacionalista frenético. Fabricó compensacio-

nes psicológicas. Trató de hacerse el duro. Sí, la máquina en lugar del hombre. El primer programa futurista es la ideología del Anticristo nietzscheano. Abajo todas las normas, viva la novedad por la novedad. Y cuando llegó la segunda guerra mundial, los fascistas que no lo querían —y que eran los más—, que lo consideraban un charlatán que jamás cumpliría en la vida con sus prédicas, decidieron empujarlo a la muerte. Y le dijeron con una inflexión de sorna: —Y tú, que has llevado la guerra a la gramática y a la sintaxis, al adjetivo y a la puntuación, a los teatros, ¿harás ahora la guerra de verdad, irás al campo de batalla? Estaba viejo, enfermo, y tuvo que ir a helarse los pies y el alma sobre la nieve rusa. Regresó inválido y moribundo.

Neruda escucha. El poeta de la guerra y del facismo quedó cazado en su propia trampa, arrastrado a un fin congelado por sus falsos y brutales camaradas. Pablo Neruda era un niño, cuando en 1909 Marinetti apareció insultando al planeta. Y le lanzó, como un desafío, el futurismo. Todo parecía un juego inocente y resultó un drama mayor. De todos modos, Neruda sabe que en algún sentido le es deudor. El culto de las palabras en libertad, las experiencias de la rebelión expresiva, el automatismo que desarrollaron más tarde los surrealistas. Aquello servía de termómetro que registraba, en la ruptura poética, cómo subía el mercurio de la fiebre en el cuerpo de Europa. Era un poeta bufón que vivió entre dos o tres guerras y hacía cabriolas de circo en medio de las catástrofes, tratando de decir, como sus colegas medievales, al oído de Macbeth una chanza trágica y trascendente. *Tentativa del Hombre Infinito*, ese libro suyo incomprendido —según Neruda—, participa de tal espíritu de búsquedas formales, que primero declara abolidas las leyes consagradas al verso, anda a la siga de la imagen libre reducida a la palabra —esencia como un núcleo vital que contiene en sí la semilla de la vida o el átomo de la muerte.

No el D'Annunzio de nuestro tiempo

Y ya que estamos hablando de italianos, Neruda tiene algo, aunque en sentido profundo es el reverso, de Gabriele D'Annun-

zio, que en su juventud le interesó, sobre todo *Il Fuoco*, libro que me recomendó hace muchos años que yo leyerá. ¿Qué le atraía en él? Tal vez el paganismo premeditado, la sensualidad sistemática, el poema de la carne, la vida como una exaltación profana del instinto. Es evidente que esa presencia, como actitud, entonces está latente, por su propia presión sanguínea y por la fuerza Visceral, en el joven que descubre el cuerpo de la mujer, el goce, los viajes al cielo y al infierno, sus infinitos encantos, las hondas desazones, las rupturas, que son el rasgo definidor de *Crepusculario*, *Veinte Poemas de Amor* y una *Canción Desesperada* y sobre todo de *El Hondero Entusiasta*.

Hay un aliento general que es intransferible y una postura del amante desatado y luego reflexivo, melancólico, en la hora del hartazgo, de la soledad o del abandono. Se hace presente asimismo en las d'annunzianas «vidas del fuego» de que habla en el número 3 de los *Veinte Poemas*, por otra parte, reemplazo de la desaparecida «Fimbria rubia de un sol que no atardece nunca». Es verdad que Neruda, un poeta de peculiar y única elocuencia, se aleja de la verbosidad del italiano y políticamente fue su contrario en cuanto a posición ante la sociedad, la vida pública, la guerra y el pueblo.

Pero el día 9 de marzo de 1972, procedente de Londres, llegué por la mañana, a las once cincuenta, al aeropuerto Linate de Milán. Tenía un telegrama en el bolsillo, donde Neruda me anunciaba su arribo desde París para las dos de la tarde. Fui hasta el hotel en la ciudad. Y volví con un funcionario del Consulado de Chile. Hablamos con un aduanero y el encargado de la documentación para inmigrantes y turistas, un italiano clamoroso y gesticulante. Cuando supo que se trataba de Pablo Neruda, abrió los brazos y exclamó teatralmente: «El D'Annunzio de nuestro tiempo». «Guerrero, como él», agregó.

A Neruda le interesó por un momento, como interesó, por otros motivos, a la Mistral, que tomó de él su nombre Gabriela. El poeta del *Canto Novo*, *Terra Vergini*, *Il Libro delle Vergini*, sus novelas *Il Piacere*, *Il Trionfo della Morte*, sobre todo *La Vergini della Rocce*, anduvieron por sus manos y deslumbraron de modo fugaz su espíritu, como su novela de 1902 *Il Fuoco*, la tragedia *Francesca da Rimini* o *La Figlia di Iorio*.

Pero Neruda nada tiene que ver con las piruetas del Príncipe de Montevideo. Además el exuberante italiano pertenece a otra época, de la cual el chileno pesca la cola. D'Annunzio ha nacido 41 años antes y muere cuando Neruda ya ha vivido la experiencia de España, el año en que triunfa en Chile el Frente Popular. Ambos conocieron una celebridad precoz. A los 17 años ya eran famosos. Y pronto a los dos empezó a rodearlos una aureola de leyendado. Respecto de ambos los poemas de la vida amorosa parecieron volcar la curiosidad al ámbito de su existencia privada. Fueron hombre en torno a los cuales se desató la polémica literaria. Pablo de Rokha no tardó en lanzar sobre el chileno sus apóstrofes de pintado cartón piedra. Si D'Annunzio, en una época cursilona, "pompiere", fue bautizado como el "diputado de la belleza", Neruda jamás tuvo a la belleza por senadora, aunque admitía que ella podía ser cualquier cosa.

Militante de un solo Partido

Neruda nunca ha dado el espectáculo de los vuelcos políticos en redondo del ruidoso individualista de Pescara, que en un momento, a comienzos del siglo, abandona la mayoría parlamentaria derechista para sumarse a la oposición de extrema izquierda, que él por un minuto, llamó "la vida". Neruda, siempre un rebelde positivo, ha militado en un solo Partido, el Comunista. La política para él no es una expresión de su egolatría, sino fruto de la conciencia personal que aspira a hacerse una con la conciencia colectiva, que se asimila a la noción de pueblo y persigue el cambio necesario de la nación para hacer verdad lo que considera su destino histórico.

La misma espectacularidad que D'Annunzio usa en política la emplea en el amor. Porque para él la vida es sobre todo representación. Y lo privado debe ser no sólo público, sino ojalá ostentoso y escandaloso. Sus relaciones amorosas con Eleonora Duse condimentaron las conversaciones de sobremesa, los comentarios de alcoba con el aroma picante de los secretos para millones. Ello alimentó el fuego de su yoísmo y su sentido de la fama. Neruda no se enamora de divas. No lo seduce la mujer estrella que brilla en el firmamento de todos. Su corazón descubre alguna cenicienta madura, una inteligencia

sin alarde, una sólida y tierna dueña de casa y en sus años mozos la estudiante de la boina gris, entre otras. Casi siempre son mujeres que el sacó del anonimato o hizo célebres bajo pseudónimo. Salvo el caso de Hormiga, tal vez hubieran seguido allí si el príncipe no les hubiera probado el zapato.

Ambos, poetas del amor y de la pasión erótica, se transforman en un momento de sus vidas en poetas épicos. Si D'Annunzio, al estallar el conflicto italo-turco, publica unas vibrantes *Canzoni della Gesta d'Oltremare* y luego en la primera guerra mundial, convertido en intervencionista "enragé", los *Canti della Guerra Latina*, Neruda sacó la voz ronca de Tirteo con *España en el Corazón*, *Canción de Gesta*, en numerosos poemas políticos, donde se pueden detectar las huellas de la historia que le ha tocado vivir, como hombre en sociedad, como patriota y revolucionario.

La vida universal en algún sentido es su vida personal, Vida personal como naturaleza, como ser social. Vida que corporiza lo espiritual y espiritualiza lo físico. Vida de participante, no de ausente, no de espectador, no de habitante en el faro Evangelistas del empecinado solitario. De allí extrae, como Anteo, su potencia y su permanente originalidad, que es eminentemente terrestre.

Sobre la tiranía nerudiana

Neruda se libera casi al empezar de los modelos del modernismo. Su sentido de la vida natural está determinado en buena parte por la presencia de las tierras húmedas de la Frontera, donde la lluvia, el vapor de agua entre los bosques que circundan la ciudad recién nacida, todo ello lo hace melancólico pero a la vez ansioso de compañía; donde las flaquezas intelectuales de un ambiente fenicio despertarán en este poeta una respuesta de poderoso y variado registro, que se rebela contra todas las tiranías del verso establecido, pero a la vez impondrá, por presencia arrolladora, que llena 50 años de la poesía chilena, su propio dictado, contra el cual han intentado inutilmente insurreccionarse generaciones sucesivas de poetas.

Este problema de la tiranía nerudiana merece quizás parrafo aparte. Desde luego, nadie busca conscientemente imponer un reinado despótico.

Y si un campeón de vanidades alguna vez se lo propuso, sólo el genio podría asegurarle que su imperio fuera vitalicio.

Una cosa es querer y otra poder. Y en este caso puede, suele lograrlo el que no lo quiere o, por lo menos, quien no lo busca como un objetivo premeditado. A Neruda le ha venido por añadidura. Por emanación natural de su talento.

Pero más que nada por el dominio de una forma permanentemente rehecha, por el don de meter el mundo, el hombre, con una riqueza donde la materia es fresca, y los versos van de lo simple a lo complejo, pues en su obra complejidad y sencillez se alternan y dominan etapas diferentes, aunque es raro que incurra en el preciosismo ni acostumbra aterrizar sobre campos trillados.

Sabor, olor, sonidos que respiran ecos, resonancias, afinamientos, para cantar los *impromptus* más delicados y los argumentos de violencia ancestral, la sangre vertida desde los remotos amaneceres precolombinos. No hay en él, a diferencia, de D'Annunzio, nada del esteta, aunque sea sutilmente millonario en riqueza de sensaciones. Un virtuoso "malgré-lui", por el soberano ejercicio de todos los cantos, de todas las formas, que despedaza para rehacer; que es capaz de retornos arcaizantes siempre modernos como en los *Cien Sonetos de Amor*; que maneja el hexámetro, el alejandrino, con una vocalización profunda y nueva, como una onda respiratoria, que a ratos induce a compositores a transformarlo más que en "bel canto" en tema de romanzas o de tonadas. Todo él, los laberintos más oscuros de su mundo onírico, como en muchos poemas de *Residencia en la Tierra*, tienden a hacerse interrogaciones representativas de la angustia de nuestro tiempo ("Sucede que me canso de ser hombre"). Preguntas propias de la época e intentos de respuestas. A veces canta muy próximo al lenguaje hablado, como en los memorables retratos de los oscuros héroes del *Canto General* (el minero José Cruz, Margarita Naranjo; Cristóbal Miranda, el palero de Tocopilla; Olegario Sepúlveda, zapatero de Talcahuano; el pescador colombiano Antonio Bernales), que representan las muchedumbres sin apellido que forman "La Tierra se llama Juan". A veces puede el ritmo retórico caer por segundos en la monotonía; pero la nota persistente es la vida, en este poeta ecológico, descubridor de tantas

vetas y metales secretos de la tierra madre, que se eleva desde los temas del nacer hasta el morir, en una culminación nutritiva y abundante en poemas maestros.

Ejercicio de precisiones y transparencias

Neruda ha descartado, en textos específicos de sus siempre clarificadoras declaraciones de principios poéticos (y en particular en un escrito realmente luminoso, publicado durante su permanencia en España), la llamada "poesía pura". No en términos de moralismo o inmoralismo, sino más bien como rechazo de la categoría de temas o motivos o vocablos no artísticos. Se rebela contra la existencia del templo de los mitos poéticos, de las adoraciones obligatorias a las palabras inexorablemente bellas y los ritmos establecidos, consagrados como legítimos por una supuesta legislación estética o preceptiva del gusto literario. No retrocede ante nada, ni siquiera ante el execrado sambenito del hereje "propagandista". No cree en las palabras divinas ni en las palabras profanas; no acepta la superstición de los verbos lindos ni de los patitos feos del diccionario. No tolera respetar los temas tabúes; no deja la poesía reservada sólo a la contemplación, prohibiendo la entrada a la acción. La puerta de su poesía está abierta a todas las manifestaciones de la vida y a todas las palabras, no importan su alcurnia o extracción plebeya, sean estércol o barro, a condición de que el poeta pueda, dándoles su toque de Rey Midas, convertirlas en oro. Así el prestigio literariamente milenario de la rosa suele resultar tan frágil como la rosa misma en las manos poeticidas de un versificador mediocre.

La palabra no es, con todo, un siervo hinchado de los sentidos: siempre es concebida como ejercicio de precisiones, un desafío para alcanzar transparencias en las materias más oscuras. Debe responder a los juegos más sutiles y a la irisación de todos los matices, desplegando sus cualidades más diversas de movimiento, asociando el descubrimiento de sus potencialidades a los términos, ritmos diferentes, peculiares, con una rica vislumbre de significados obvios o subyacentes. Su poesía, con la vitalidad capilar de un cuerpo repartido en los sinónimos de la humanidad, nunca es ajena a las sensa-

ciones, a las gravitaciones de la materia, a los sudores del hombre y de las cosas, a la absorción semántica, no como referencia al oído externo, sino a una cierta construcción melódica, invariablemente provista de una virtud musical, de una carga de misterio, donde los datos del mundo se destilan en una esencia cargada de contenidos físicos, oníricos, conscientes o inconscientes. Poeta que trabaja en su poesía hasta cuando duerme. Extrae material de los sueños, que en la vigilia no recuerda pero que en un momento reptan por debajo de su escritura y se meten por los resquicios secretos de su poesía. Respiración nocturna y diurna: pero siempre aliento poderoso, que es capaz del canto neorromántico en los *Veinte Poemas*, de la media voz y de la voz entera, como sucede en los varios libros que, como la Biblia, se contienen en *Canto General*, donde los asuntos de Chile y de América discurren desde el mito antediluviano, del registro heroico de las edades perdidas y de los hombres que no tuvieron nombre, hasta la fractura traumática de la conquista, con sus maldiciones elocuentes y el lirismo del lenguaje hablado que rememora a los pequeños titanes silenciosos de la brega contemporánea. Un libro donde el afán interrogativo de la sensualidad consumada, de las soledades que siguen al placer, de la tonalidad cambiante de los ocasos, de las últimas rosas y de las dársenas abandonadas, se reemplaza por el tono que Gabriela pedía a nuestros poetas, el del canto mayor, con sonido de cuerno de batalla. El paganismo carnal de los veinte años, la pasión exasperada, la trueca por la invectiva al cruel invasor de ayer y de hoy, por las connotaciones polémicas y la adhesión a la causa de su pueblo, representativa a su juicio de la causa de todos los pueblos.

Inteligente y elemental

Los sentidos del poeta que siempre fueron atrapadores sumos de las sensaciones visuales, táctiles, olfativas, se expanden hoy por el mundo de la sociedad así como ayer sobre todo recorriendo la geografía del cuerpo y del alma femenina y concentraron en ella el mundo de la naturaleza.

La fuerza es la misma. A ratos el *Canto General* puede, en su esplendor, mostrar pasajes recargados de oro; pero jamás llegará al límite extremo de la autodestrucción

poética por exceso. La pasión límpida o turbia, las entonaciones trágicas del choque elemental y delicioso de los sexos arrancaron momentos de una belleza definitiva, donde a la vuelta de la conmoción espera a veces una desazonada sensación de vacío. El poeta es gráfico, vital, consciente, interior-exterior, imaginativo y realista, instintivo y racional. El modo estilístico, la expresión y la técnica en algunos libros, sobre todo en los primeros y los últimos (*Crepusculario*, *Geografía Infructuosa*), muestran una sobriedad dúctil, donde la metáfora coge el sentido exacto de la idea y del clima poético con una sencillez lírica muy convincente. Es la primera una poesía de primavera triste; la última, poesía de otoño-invierno. Lo violentamente lujurioso de *El Hondero Entusiasta*, visión pánica del éxtasis, el amor bárbaro, («como las bestias que en los potreros pastan, como las bestias»), todo ello habla de un solo hombre en distintas etapas de su vida, transparentes en su poesía no siempre transparente, aunque todas ellas nos hablan de los secretos a voces de su autor, que no pone nombre ni apellido individual a sus amadas, pero fija momentos universales de la pasión y de la aventura humana.

Visceralmente primitivo y racional, a la vez, creador de fórmulas elaboradas en el trabajo literario, donde el fulgor sombrío de las exaltaciones, las interrogaciones frente al amor huidizo, el contacto fugitivo entre los dos amantes, nunca fueron descritos por un «dilettante» de la expresión trunca, rota o balbuceante, entregado a la embriaguez de las formas arrebatadas y sin cuajar. Logra casi siempre una síntesis carnal, espiritual y también una síntesis de forma. La materia, comprendida incluso la materia amorosa, es para él materia literaria, porque la lujuria de ciertos instantes y de determinadas páginas no consigue que la furia quemante de los sentidos, la quemazón del cuerpo y de las venas, la fiesta enardecida de la sangre choquen contra las paredes del canto destruyéndolo. La palabra no se hace entrecortada por el placer ni tartamudea por el llanto de las separaciones. Las metáforas no se desbocan. La imagen trasciende la exaltación bruta del instante mágico para hacer de la peregrinación al cielo de los sentidos y de los goces una descripción clara en medio del vértigo, un pensamiento poético que lo define como representación lírica y real de

la naturaleza realizando su misión genésica. Nunca su palabra se hace torpe por desbocada ni inerte en medio del loco movimiento, del frenesí del deseo, de la sensación de nacer y morir.

Pero tampoco es el lenguaje impasible en el fragor de la tormenta y del choque de los cuerpos y los pueblos. Sabe maldecir en el estilo grandioso de *España en el Corazón* con el aroma violento y estival de la seca y tirante meseta de Castilla, vista como un tambor de cuero. El «General Mola en los Infernos» habla de la expedición punitiva de un poeta que sabe del amor y de la condenación, en términos parecidamente visuales, sombríos y recios. Es un primitivo refinado, una fuerza de la naturaleza que se torna sabia sin perder la potencia original, donde la embriaguez de los sentimientos, fuertes como un alcohol de alta gradación, no nubla la mirada de la inteligencia ni borra el juicio autocrítico, donde la adoración del Dios Pan no exilia la presencia de Palas Atenea y la fijeza escrudiñadora de la mirada del búho crepuscular. Sensitivo-reflexivo, su alma es una madera impregnada por todas las emanaciones de la materia, pero también bruñida y animada por el pensamiento, donde nunca la poesía es una manada de potros cimarrones que vuelan de estampida, sin sujetarse a la rienda ordenadora de la forma. No. Es más bien la yegua azul que vuela por los campos cuyo jinete solitario —el mismo Neruda— deja suelta la brida y la deja en libertad, en una libertad autovigilada, que en el poeta es la «conciencia de la necesidad». Ejerce el arrebato controlado, porque el que se desmanda es incapaz de someterse a la disciplina de la estructura, se queda en lujuria amorfa, en la interjección antes que en la palabra articulada, quebrando la relación dialéctica entre palabra y canto, entre tono y respiración, entre imagen e idea poética, entre vocablo y exactitud representativa. Es estado propio de ánimo que se ahoga en el vacío sin trascender a la expresión. Se convierte así en exabrupto inartístico, en documento crudo, en una confusión de términos, que arrastra el poema al fracaso.

Vicente Huidobro

Teníamos dieciséis, diecisiete años, habíamos entrado a la Universidad de Chile.

Decidimos quemar nuestros dioses. Como comunistas adolescentes, revolucionarios totales, debíamos negar lo que adorábamos. Gabriela Mistral, al fuego; Neruda, a las llamas. No era tan simple. La gran crisis y la caída del peso habían hecho regresar al país a Vicente Huidobro. Era el plenipotenciario —sin credenciales acreditadas— de la Revolución Estética. París al alcance de la mano. Con Eduardo Anguita, fuimos de los primeros en sentir la atracción magnética del gran poeta y sublime mítomano. Escribió un libro sobre Cagliostro, porque se sentía adivinador del futuro, porque quería ser «de ninguna época y de ningún sitio».

Y publicó la obra de teatro *Gilles de Raíz*, porque le hubiera gustado ser Barba Azul, Barnabás Collins «avant la lettre», el hombre adorado por todas las mujeres. Nos deslumbraban los caligramas, su reto a los señores clásicos, el encanto de su inconsistente Creacionismo, su lema «Non Serviam. No he de ser tu esclavo, madre natura; seré tu amo»; sus Manifiestos, su proclamado «odio a la rutina, el cliché y lo retórico»; su «odio a las momias y a los subterráneos de museo». Nos dejaban estupefactos los nombres de sus amigos o enemigos íntimos, verdaderos o falsos, Apollinaire, Tristan Tzara, Max Jacob, Juan Gris. Y participábamos de su aborrecimiento cerval y sagrado contra Pierre Reverdy, aquél que lo llamaba plagario y se reía de su Creacionismo. Era hombre de frases cabalísticas y de versos cruciales. Imaginen, piensen en Mallarmé. «Un coup de dès jamais n'abolira le hasard». Nos regocijaban sus novelas del absurdo escritas en colaboración con Hans Arp. Nos divertían y gozábamos con sus retumbantes alardes civiles, la candidatura presidencial de 1926, con mucho de lúdico y grave, de atrevido narciso. Su desafío, hombre a hombre, contra el gran imperio en *Finis Britanniae*, sus autorraptos, su exhibicionismo, su sentido del *record* en todas las competencias, la necesidad de ser el hombre bello y eugenésico que las mujeres buscaban para tener el hijo perfecto. Se decía comunista. Y cuando se aludía a un pensamiento de Lenin, buscaba desesperadamente una cita antedatada, porque él había dicho lo mismo antes. Pero un día seriamente me dio para una revista de intelectuales comunistas, llamada *Principios*, que dirigían los doctores Cabello y Calvo, una copia de su

hermosa »Elegía a la Muerte de Lenin«. Nos hablaba de los nuevos soles que habían derretido todos los hielos del pasado, de su amigo el escultor Lipchitz, »yo hablo en piedra«; de Arnold Schönberg, aunque Huidobro no sabía nada de música. Tenía una teoría antimusical: es un arte físico, sensorial más que inteligente. No era hombre de una gran cultura sistemática pero conocía bien ciertos nombres claves, que invocaba como un mago experto en ciencias poéticas ocultas. Así el *Gaspard de la Nuit*, de Aloysius Bertrand, que Baudelaire ponía por las nubes como »fantasías a la manera de Rembrandt y de Callot«. Recomendaba la lectura de Gérard de Nerval, obsesionado por los sueños, que el freudismo a la moda había redescubierto. Quería la poesía como una palabra de encantamiento, convertirla en un llamado al mundo invisible, mediante la palabra. Había que leer »Aurelia o el Sueño y la Vida«. Y la leíamos con voracidad de neófitos, así como »Loreley«, »Las Hijas del Fuego«, »Las Quimeras«, »Los Pequeños Castillos de Bohemia«. Vicente Huidobro gustaba, conforme al verso de Nerval en »El Punto Negro«, de contemplar impunemente »el Sol y la Gloria«. Neruda, a su juicio, le tapaba el Sol y la Gloria. Y lo detestaba con pasión literaria, que puede ser más violenta que cualquiera. En los altares de la heterodoxia rendía culto especial al conde de Lautréamont, tal vez porque era algo meteco como él, nacido en Montevideo, pero parte de la literatura francesa, en la cual soñaba entrar. Sobre todo lo estimaba un tío en espíritu a pesar de que Isidore Ducasse, hijo del canciller del consulado de Francia en Uruguay, muerto a los 24 años, perfectamente desconocido, fue muy distinto de Huidobro. Les atraía porque era de los muertos resucitados. Bajo este impulso se sumerge en los *Cantos de Maldoror* y su »Prefacio a un Libro Futuro«, que no fue revelado al público sino cuando Huidobro llegó a París, después de 1910. Pero le fascinaba, como Gilles de Raíz, sobre todo por atreverse a escribir una especie de desafiante epopeya del mal, en idioma nuevo, venido de las fuentes más secretas del inconsciente. Y, por supuesto, repetía cada noche los nombres de Apollinaire, Benjamin Péret, aunque él mantenía distancia y sufría la atracción de surrealistas como André Breton, Aragon. Solía arrastrarnos a gestos

antinerudianos. Pero el fin de nuestra relación se debió a lo mismo. En su inconfundible lenguaje, atacó a Neruda en diarios de derecha, bajo pseudónimo, que zaherían de mampuesto a la España Republicana en guerra. Porque para él la guerra mundial era la poesía. Y en ella Neruda, De Rokha y Huidobro eran potencias enemigas. La verdadera guerra venía después.

El primer trompeta

Neruda volvió a Chile, desde el Oriente, creo que en abril de 1932. Pero por timidez no me atreví a acercarme al poeta, que venía rodeado del exotismo de Batavia y Singapore, de las experiencias extremas de Ceylán, con su »Tango del Viudo«, el cual declamaba yo —por no ser capaz de cantar— como si fuera efectivamente un tango incomparable. Era a ratos un poeta invisible, que se complacía en desaparecer tras biombos y máscaras hindúes. Fuimos a escuchar una lectura de poemas suyos en el antiguo teatro Miraflores. Nunca el poeta dio la cara. Tras las máscaras y una música asiática arrastrada, surgía de las profundidades la sonoridad opaca e interior de *Residencia en la Tierra*, su »Alianza«, »Caballo de los Sueños«, »Débil del Alba«, »Ausencia de Joaquín«, »El Fantasma del Buque de Carga«, »Establecimientos Nocturnos«, »Entierro en el Este«. Por aquel tiempo sobrevino la República Socialista de Grove, los Soviets de la Universidad de Chile y sentíamos la relación poesía y política como una dicotomía insoluble.

No estuve entonces en el círculo de sus amigos, que eran los mismos de sus iniciaciones literarias, Alberto Rojas Jiménez, Tomás Lago, Rubén Azócar, Diego Muñoz, Homero Arce, Juvencio Valle, Angel Cruchaga y otros. Después Neruda partió a Buenos Aires como Cónsul.

No lo volví a ver hasta su regreso de una España quemada y devorada por el siniestro, por el diente voraz de la guerra.

Volvió otro. Y nosotros, los provincianos de Chile, sacudíamos el yugo dorado del París de vanguardia, para preferir la Revolución, el hombre, la tierra natal y el mundo como expresión de los pueblos, en primer término. Pero los poetas tocaban la corneta o la trompeta en la distribución de funciones del ejército de campaña. Neruda

era el primer trompetista. Su poesía vestía »el mono azul« de la defensa de Madrid.

En octubre de 1937 lo recibimos como quien recibía a España, a la poesía en persona, pero no al servicio de su persona sino de los pueblos. Y en una fecha, deliberadamente coincidente, el 7 de noviembre de 1937, fundó la Alianza de Intelectuales de Chile para la Defensa de la Cultura. Estábamos allí todos o casi todos, Alberto Romero, Antonio Quintana, centenares de escritores y artistas. Recuerdo que al año siguiente él sintió un corte en sus raíces humanas y sureñas: con pocos meses de diferencia su padre y la madre se fueron a dormir al cementerio de Temuco.

En la paz de Normandía

Trabajó enormemente en la campaña presidencial del Frente Popular. Dedicó el libro *España en el Corazón*, impreso en el campo de batalla por el Ejército del Este, al nuevo Presidente de Chile, Aguirre Cerda. Cuando España cayó, fue nombrado Cónsul Especial para la inmigración de republicanos refugiados en Francia. Contribuyo a salvar a unos dos mil. La llegada del *Winipeg* a Valparaíso se convirtió en una fiesta. Yendo con Neruda por las calles, treinta años más

tarde, surgen hombres que se le acercan, llamándolo »Tío Pablo«. Son los niños que viajaron en ese buque legendario.

Desde entonces lo hemos seguido en su trayectoria política y poética. Pero para nosotros, además de aquello, es un maravilloso ser humano, un sabio de la vida y un amigo muy entrañable. Durante la cacería de González Videla nos turnábamos para ocupar las mismas casas donde nos ocultábamos de la policía. Vimos nacer muchos de sus libros. Escuchamos sus primeras lecturas. Nos pidió ideas alguna vez para los títulos de sus obras y nos regaló nombres para aquellos que publicamos tarde, mal y nunca. Lo acompañábamos durante su último día en Santiago, en febrero de 1979, cuando salió clandestinamente del país por la cordillera, en ese viaje que ha evocado en su discurso ante la Academia Sueca el día en que recibió el Premio Nobel.

Pasé días muy felices con Matilde y Pablo en su casa de campo, el falso castillo, de Condé-Sur-Iton, a comienzos de la última primavera europea, cuando los campos bañados por el río, que circunda su residencia, comenzaban a pintar de tonos puros las suaves colinas normandas. Lo sentí en la plenitud de su madurez. Me pareció que Neruda ha llegado a dominar no sólo el arte de la poesía sino también el arte de la vida.

HERNÁN VALDÉS

Navegación con Neruda y conflictos de la admiración*

23 de junio

Cannes no es un puerto, pero está indicado optativamente como tal en el itinerario. El barco se aproxima hasta unos doscientos metros de la playa y allí se queda para esperar el arribo de un bote que trae a un par de pasajeros, más una cantidad impresionante de bultos. Todo el mundo está en cubierta, mirando con un dejo de envidia el espectáculo de los veraneantes, de las flores y hoteles del Boulevard de la Croisette, y yo parezco ser el único que advierte la silueta de Neruda en el bote, más con aspecto de pescador dominical que de viajero. Quizás temeroso de un recibimiento efusivo con ese calor y a la sagrada hora de la siesta, sube a cubierta sin levantar los ojos más que lo indispensable para orientarse y para dar meticulosas instrucciones sobre el cuidado de su equipaje. De inmediato desaparece en busca de su camarote, y yo vuelvo a mi lugar favorito, la piscina. Allí reflexiono una y otra vez sobre el sentido de volver a Chile.

Como otras veces, desde lejos, Chile se ve como el mundo que está por hacer, como la oportunidad geográfica e histórica de crear otra sociedad. Parece fácil, dada su tierna existencia, terminar con sus mitos históricos y culturales y crear otras formas de vida y relaciones, coherentes y económicamente racionales. Las posibilidades de Allende y la UP parecen esta vez más ciertas que antes y, por lo tanto, la disposición a creer que ahora uno se dirige a un país donde realmente se podrá participar en la construcción de una nueva vida, se amplía. Olvido los factores negativos, las contradicciones dentro de la propia izquierda. El barco parte. Quiero estar rápidamente allí.

*Estas páginas están extraídas de un diario del año 1970.

Neruda y su mujer no reaparecen sino a la hora de comida. Sólo entonces nos reconocemos, pero de inmediato nos descubrimos prohibidos de hacer manifestaciones de efusión, a causa de las reacciones dérmicas aislantes del poeta, que desalientan los impulsos de intimación nos limitamos a hacer comentarios sobre la carta del día, que el poeta examina profundamente y sobre las calidades de los vinos exclusivamente italianos que se ofrecen.

La presencia de Neruda en el barco ha sido advertida en el resto de los comensales únicamente por las discretas informaciones del maître y luego por la curiosidad que suscita la gran cantidad de mozos que se ocupan de su mesa, abandonando la atención de los otros. Esto despierta la ira de un pasajero especialmente susceptible a este tipo de discriminaciones: es un ejecutivo de la Esso que vuelve con su familia a Venezuela. Primero comenta airadamente la situación con su mujer, luego lo hace en voz más alta con sus vecinos. Finalmente, agotado de hacer signos de contrariedad que nadie advierte, tira su servilleta lejos y se levanta, abandonando el comedor seguido de su familia. El poeta, haciéndose informar sin mayor prisa sobre las particularidades de cada plato, no ha advertido este incidente. »En fin, tenemos 25 días para vernos«, nos dice, como para descansar de una conversación algo forzada, puesto que estamos en la mesa contigua y para oírnos y vernos debemos contorsionarnos.

Durante la comida nos intercambiamos vasos de nuestros respectivos vinos. Neruda se siente desilusionado de su simpático Verdicchio ante el descubrimiento de un Chianti Casa Ducale.

Nos encaminamos a toda máquina hacia Barcelona. Como tubos fluorescentes ondu-

lantes, las anguilas iluminan las aguas rotas por la hélice. Un oficial hace sus ejercicios nocturnos, recorre toda la cubierta a largos trancos 50 veces. En el salón hay baile. Veo a Neruda marchar hacia su camarote, aparentemente insensible a las muchachas disfrazadas que corren y lo tropiezan.

24 de junio

Todo el día en Barcelona. Hemos visto la incómoda situación de Neruda, que obligadamente ha debido presenciar el paso en gloria y majestad del Caudillo, dentro de un fastuoso vehículo, seguido de una comitiva veloz de personalidades y policías en motocicletas, pues parece que se celebra hoy alguna efemérides del régimen. Por nuestra parte nos encaminamos al museo de Picasso, seguramente uno de los más ricos de Europa, en el barrio gótico. Posteriormente no podemos resistirnos a la idea de regresar a *Los Caracoles*, restaurant de carácter turístico, es cierto, pero no por ello menos excitante, donde se prepara una de las mejores zarzuelas de mariscos mediterráneas. La cocina está situada en el centro del local y la descomunal olla negra cuelga sobre las llamas mediante una cadena. Yo supongo que se utiliza el sistema de la cocción permanente, que consiste sólo en agregar rotativamente tantos elementos como se retiran. En el espeso líquido de cocción, compuesto de tomates, pimentones, ajo, tomillo y aceite de oliva, se impregnan toda clase de mariscos, cigalas, carabineros, gambas, mejillones, calamares y peces. A la mesa nos llegan fuentes donde estos elementos están saturados de un sabor que da cuenta de un antiguo proceso. Es una vieja salsa siempre reconstituida, siempre en devenir.

25 de junio

Neruda habla con los ojos semicerrados, sin mirar de frente, como ante una grabadora. Estamos en el bar. Son ojos que aparecen como entre los pliegues de una piel que no es la facial, semejantes a los ojos arbitrarios de algunos dibujos surrealistas. Habla como para sí mismo y de sí mismo, y sólo muy rara vez se interesa por saber lo que sucede en la conciencia del otro. Me cuenta que viene de Milán, del estreno de *Joaquín Murieta*. Yo no sé hasta qué punto es ingenuo lo que él describe como un asombro ante su propia obra, en todo caso él narra una representa-

ción teatral absolutamente reinventada, en la cual solamente reconoce sus versos. La acción es otra, las situaciones son nuevas. Curiosamente, está del todo satisfecho, como si todo aquello fueran posibilidades naturales de la obra. Parece obstinado en no sospechar siquiera que se ha utilizado exclusivamente su nombre y connotaciones publicitarias para montar un espectáculo del cual no es autor sino verbalmente.

Lo escucho en silencio. No soy yo quien podría contradecirlo.

26 de junio

Neruda permanece la mayor parte del día en su camarote, no se levanta a tomar el desayuno en el comedor, como el resto de los pasajeros. Después de su aparición a la hora del almuerzo no reemerge en cubierta sino al atardecer. Nos encontramos casi siempre por azar, en los pasillos o en el bar. Los asuntos personales están prohibidos en la conversación. Ahora me cuenta que lo más fundamental de su equipaje está constituido por una concha que pesa unos 200 kilos y que compró a muy buen precio en la tienda de fósiles de la Place Saint-André-des-Arts. Yo trato de imaginar lo que él entiende por esto de un buen precio, y por algunas aclaraciones suyas caigo en la cuenta de que con la inversión en semejante concha yo podría vivir y escribir tranquilamente un año en cualquier lugar del mundo. Siento un violento resentimiento e intencionalmente vuelco el vaso de whisky para obligarlo a pagarme otro. Rápidamente imagino los atentados que se pueden cometer contra esa concha, pienso en la dinamita, en los ácidos, en las peores calumnias. Luego me hago reproches por mi dureza. ¿Por qué tengo yo que exigir que Neruda haga una inversión sensata de su dinero? El asunto es claro: Neruda ha escrito *Joaquín Murieta*, una pieza que no me gusta; luego, ha invertido buena parte de los derechos de autor en la adquisición de una concha, un objeto que no me interesa. Siendo todo esto tan coherente, yo no debería hacer objeciones mezquinas.

Se aproxima la hora de comer e intercambiamos algunas experiencias culinarias. Advierto que, como la mayoría de los chilenos que aman la gastronomía, Neruda es un autodidacta o, dicho mejor, un espontaneísta. Una creación suya, que celebra bastante, son los choritos asados vivos (en blo-

que) en un incendio de ramas de pino. Justamente lo que haría un recolector primitivo.

27 de junio

Entramos a Tenerife por un canal bordeado de estanques de petróleo y al atracar al muelle Neruda descubre que abajo lo espera una multitud de admiradores y periodistas. La idea de hacerse prisionero de esa pequeña muchedumbre parece deprimirlo. La gente sube, se abalanza sobre él, los periodistas y fotógrafos le piden distintas expresiones; entonces él descubre un medio habilísimo de desembarazarse: distrae la atención hacia la presencia del «gran novelista chileno Hernán Valdés». De inmediato, la masa desorientada se dirige hacia mí, esperando que de algún modo sobrenatural yo recompense la sustitución de su objeto, pero como yo callo, todavía no repuesto de la jugada del vate, se produce un silencio embarazoso. Luego surgen atropelladamente algunas preguntas, pero no alcanzo a responder enteramente ninguna, pues se dan cuenta de que Neruda intenta desaparecer y corren a asediarlo. Finalmente consiente en que nos reunamos todos al anochecer, en un café de la plaza.

Entretanto liberados, recorreremos las calles en pendiente de la isla, llenas de comercios con baratijas electrónicas, malos licores españoles, cigarros, y toda clase de porquerías como las que se vendían hace algunos años en Arica. Pablo entra a un sinnúmero de tiendas, se muere de ganas de comprar un walkie-talkie, pero no sabe exactamente para qué.

En el café de la plaza se ha reunido toda la inteligencia de la isla. Algunos sobrevivientes de la guerra civil, sentimentalmente irreductibles, se ven ansiosos de reanudar ésa, su única realidad histórica, con Pablo. Aparecen fotografías, revistas de la época, volantes, vivos y muertos vuelven a estar juntos, la presencia de Pablo legitima la memoria. Un joven periodista, poco sensible a esa complicidad generacional, pregunta a rajatablas:

—Pablo ¿podría describirme el estado psicossomático en que se hallaba usted al escribir el Tango del Viudo?

No, Pablo ni siquiera sonríe, el gran paquidermo pálido. Responde a eso con un pequeño discurso aprendido sobre las luchas del pueblo chileno, de los mineros, contra el imperialismo y la burguesía explotadores y

describe la gran aurora que se le presenta con las posibilidades de alcanzar el poder. El periodista escribe lo mismo, decepcionado. Las heroínas de la guerra civil han desempolvado sus mejores atavíos, ahí están, envejecidas y trivializadas, recordando los nombres de sus héroes muertos, y Pablo las estimula con su memoria de elefante, por unos minutos logra reencender sus ojos, él lo sabe todo, él los conoció a todos, él es el único sobreviviente triunfante de toda esa masacre, es una noche de fiesta y de fantasmas, de palmas y mariposas, no más whisky, no más evocaciones, el barco parte, el poeta se lleva su memoria. Nos acompañan en comitiva, y saludan cantando por última vez desde el muelle antes de volver a la soledad en que los dejó una mala jugada de la historia.

29 de junio

Inútiles esfuerzos de seguir pasando en limpio *Zoom*, la máquina se desliza en todas direcciones con el vaivén del barco y la atmósfera del camarote es irrespirable. Por lo tanto, mi única satisfacción de ese trabajo es el peso de los originales, acumulados de gramo en gramo durante un par de años. Pura fe en la literatura, todavía no desalentada por la experiencia en Europa de una de las peores crisis imaginativas y lingüísticas para expresar la realidad.

El fenómeno Neruda es tan insólito en la sociedad contemporánea. Creo que Neruda es el último caso de un individuo que, a través de la poesía, establece una comunicación con la sociedad. Posiblemente no vuelva a repetirse, en un futuro previsible, la circunstancia compleja de que la poesía rompa su círculo de trasmisión elitivo, últimamente cada vez más especializado (universidades) e íntimo (poetas). El Neruda que conocemos se explica casi únicamente por su incidencia y compromiso con situaciones políticas específicas de nuestro tiempo, en las cuales aún se atribuía a la poesía un poder sensibilizador frente a la opinión pública (seguro que el mejor poeta del Vietnam, ahora, no alcanzaría de ningún modo su situación privilegiada). El yo que trasciende la naturaleza y la historia, la asunción personal de los conflictos sociales, la confección de un discurso moral revolucionario del vate al pueblo, pertenecen y pertenecerán cada vez más, después de Neruda, a sobrevivencias del romanticismo, antes de que los medios de comunicación masivos desarro-

llaran su alta tecnología actual. Neruda es el último usuario individual de la poesía referida a la opresión política y a la revolución antes del desarrollo de la conciencia masiva revolucionaria en el continente, posibilitada por otras formas literarias y audiovisuales. Ello también se explica por el hecho de que en períodos de censura y de persecución a órganos difusores de la izquierda la poesía es una de las pocas manifestaciones que puede circular libre e inocentemente, lo que da al mensaje de Neruda una especial valoración. En suma, compromiso político en circunstancias determinantes (guerra de España, guerra fría y expansión del colonialismo norteamericano en Latinoamérica, persecución a la izquierda, especialmente en Chile), situación de portavoz ilustrado del Partido Comunista en su período más difícil, y a través de él del pueblo chileno, en un tiempo en que la poesía aún tenía un rol comunicativo amplio, son factores que explican, en parte, la formación del prestigio excepcional de Neruda. Es ese prestigio el que permite el conocimiento y la difusión, entre un amplio público, en gran parte del mundo, de las obras que conforman su verdadera creación poética. Yo no sé si él ve su creación como un conjunto coherente o si es consciente de que una parte de su obra y de su acción sirven como reveladora de la otra que, por sí sola, no habría conocido el mismo destino. Posiblemente todo un proceso de sacralización, ahora perfectamente institucionalizado, ha sido por él interiorizado. No creo que se haga problemas con esto; creo que lo que cuenta para él, al final, es que la poesía ha vencido. Y creo que su mito preferido es el de afirmar que mediante la poesía un hombre oscuro, de un pequeño pueblo del final del mundo se ha puesto en contacto con todos los hombres. Un bello mito.

1° de julio

Proseguimos fastidiosamente la travesía del Atlántico. Imposible trabajar en nada. Sol y agua, comidas y bebidas en cualquiera cantidad, sirven para distribuir las horas del día, entre conversaciones que tienen algo de ocasional pasatiempo, films de Esther Williams, juegos semiescolares y conciertos vespertinos y ritmos bailables nocturnos de una orquesta recogida a última hora en algún cerro genovés. Regreso haciendo el mismo recorrido por la segunda vez y he aquí, reinstalada en mí,

la imagen de que vuelvo a un país decidido a cambiar sus formas de vida (y cuya resistencia a cambiarlas, en otras oportunidades, con toda la frustración que eso implica para algunos, determinó en mí la necesidad de buscar la vida en otras partes).

Es divertido observar que Neruda siga siendo tan susceptible a las opiniones locales sobre su persona, que emocionalmente dependa de juicios de conciudadanos perfectamente anónimos frente a la amplísima gama de sus relaciones y admiraciones internacionales. Hay nombres tabúes en una conversación con él: son los de personas que posiblemente lo han ofendido mediante una broma, una crítica, un comentario (cosas de las cuales se supone que uno debe estar bien informado al hablar con él). De pronto uno hace una alusión a alguno de estos personajes: entonces Neruda rompe su familiaridad, se retrae, en una actitud de comunicación superior, como para que el mal sonido no lo alcance, se yergue como un santo ante la mención de lo impuro, y uno se siente perfectamente miserable y cómplice de la abyección. Las opiniones públicas o privadas que expresen sobre él sus conciudadanos constituyen, ciertamente, uno de sus permanentes motivos de preocupación.

2 de julio

En Tenerife embarcó una familia cuyo jefe es un ejecutivo de la Shell. Desde entonces, las pautas de la vida social del barco están dadas por una implacable y amena competencia entre esta familia y aquella del ejecutivo de la Esso. Las esposas rivalizan entre sí cambiando al menos 4 veces por día sus vestimentas y peinados, y luego, solidariamente, exhiben a los demás esta exquisitez de su status. Los hombres hacen otro tanto y se disfrazan con unos increíbles fracs de tejidos sintéticos para reunirse en el salón. Ellos conviven entre nosotros asequiblemente, como miembros de super Estados, cuya alta responsabilidad social no podemos comprender, ellos están más allá de la ciudadanía común, amparados por sistemas poderosos y secretos cuyas reglas y finalidades no son las de estos pobres países donde vivimos nosotros.

Pablo debe asistir a un congreso de escritores en alguna parte de Venezuela y, como no tiene ganas de ocuparse del asunto más allá de lo que implica su presencia, pero como

de todos modos debe contribuir con algo, me pide que elabore un proyecto para soluciones editoriales continentales, el cual patrocinará. Propongo la creación de un pequeño monstruo dentro del mercado común latinoamericano, una empresa editorial multinacional con funciones culturales específicas, financiada con aportes de todos los gobiernos y cuyos productos deberían circular libremente. Pablo encuentra el proyecto excelente, pero sabe, tan bien como yo, que es irrealizable.

Nota final

De la lectura de estas páginas de diario noto en mí un conflicto con respecto a Neruda, una constante observación crítica, una ausencia de generosidad en mi admiración por él. Y sinceramente lo lamento, sobre todo cuando no existe en mí motivo alguno para discutir su condición de mejor poeta de habla hispana de este siglo. En ese sentido Neruda está fuera de discusión. Pienso que mi conflicto se origina —como siempre sucede— ante una exigencia aberrante de que las personas sean una cosa distinta de lo que objetivamente son. Esta exigencia —por supuesto idealista— se hace más extrema en los casos en que algunas personas ocupan situaciones intelectuales privilegiadas. Peor aún en un país muy mediocre en personalidades culturales, como es el nuestro, la sobresaliente situación intelectual de Neruda conduce a

que uno exija de su conducta una coherencia y una lucidez superiores. Debido a esa situación, subjetivamente, uno hace a Neruda responsable de representarnos en sus actos. Uno exige que Neruda actúe exactamente como lo habría hecho uno si ocupara su lugar. De ahí el conflicto y los reproches. De ahí la enorme cantidad de desencantamientos que ha producido en su vida y las opiniones tan contradictorias que existen sobre él. Pero evidentemente Neruda tendría que haber sido un prodigio para responder afortunadamente a tantas exigencias morales, literarias, políticas, intelectuales, en general, como individuos las han planteado.

Podemos darnos una explicación aparentemente satisfactoria: Neruda no es ni ha sido nunca un intelectual, es decir, un hombre que se interroga sobre la realidad y que la cuestiona, científicamente. Neruda es, descubramoslo tardíamente, un poeta. »Un gusano vegetal y sensual«, como decía Teófilo Cid, un angustiado sensual, el primero que intenta un conocimiento sensorial de su medio, de la realidad americana, cuando los escritores del continente no sabían hacer más que inventarios y descripciones (exceptuando a su contemporáneo Carpentier), y cuando los sociólogos todavía no habían nacido. Sus versos son la única posibilidad de encontrarlo y de reconocerlo en su verdadera grandeza. Las exigencias extrapoéticas son ingenuas y lo sobrepasan.